

SUEÑO Y VIDA

Francisco Rodríguez Criado

La gente duerme muy poco. Necesitan estar despiertos para trabajar, enamorarse o hacer planes para el futuro. Si hay algo de los demás que no envidio es el exceso de actividad. Tampoco comparto la teoría de que dormir es desperdiciar la vida; más bien diría que vivir es desperdiciar el sueño. Ocho horas de sueño y dieciséis en pie me parecen excesivas. Las dieciséis, quiero decir. Cuando era niño aún albergaba cierto espíritu aventurero que me mantenía despabilado de vez en cuando. Ya como adulto mis tres aspiraciones primordiales han sido dormir, dormir y dormir. A veces consigo una buena racha y me despierto un jueves después de haberme acostado un domingo. Pero estos logros son inusuales. Tengo que conformarme con un promedio de doce horas de sueño al día, lo cual me obliga a torear con la realidad durante las otras doce. La realidad me asusta, debí haberlo dicho desde el principio. Por eso duermo tanto, para evadirme. Hay otras fórmulas de evasión: la lectura, el cine, la contemplación de las estrellas o incluso la escritura. Fórmulas un tanto exóticas que muy pocos practican. Al cine, al libro o a las estrellas hay que acudir a solas, porque si hay suerte y en ese momento te entra la modorra es mejor que no haya nadie cerca que pueda tocar el trombón o hacer explotar un globo. Con la escritura, sin embargo, hay que estar bien despierto para no adormecer al sufrido lector.

La cotidianidad es difícil, tienes que tratar a diario con personas muy avispadas que te miran con mala cara. La mía no les gusta: siempre tengo ojeras porque siempre estoy recién levantado. Años atrás estuve trabajando en un hostel en horario de doce de la noche a ocho de la mañana. Mis únicas tareas eran entregar las llaves y despertar a los clientes. No tardaron en despedirme porque eran los clientes quienes tenían que despertarme a mí. Y además, decían, roncaba.

No tengo solución. El único tipo que duerme más que yo es mi amigo Gandía. Cuando nos cierran la librería El Buscón solemos ir al bar La Metralleta a tomar unas cervezas, y a los cinco minutos de entrar ya tenemos a Gandía pernoctado sobre la barra. Respetamos su descanso y por eso no le dirigimos la palabra hasta que llega el momento de pagar. Le sale rentable el asunto: mientras los demás tomamos cinco o seis

consumiciones él no pasa de la primera. Curiosamente tiene aspecto de bebedor empedernido, pero le puede más el sueño que el vicio. Aquí no sabría decir si se está malogrando una vida o tan sólo se arruinan unas horas de sueño. Hay que conocer muy bien a Gandía para saber, cuando hablas con él, si está despierto o dormido. Los amigos le tenemos un gran afecto: lo recordamos como ese ser querido que ha pasado a “mejor estado” aunque todavía le sobren energías para tomarse una cerveza con nosotros. De cualquier modo, nunca lo he visto triste, y eso refuerza mi teoría de que trabajar, enamorarse o hacer planes para el futuro dan más problemas que una buena siesta.